

JOYCE CAROL OATES

PERSECUCIÓN

«Oates es una de las cinco grandes
novelistas norteamericanas
de los últimos cien años».

Edmund White

PERSECUCIÓN

JOYCE CAROL OATES

Traducción

PATRICIA ANTÓN

FIORDO · BUENOS AIRES

ÍNDICE

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de Fiordo

PRIMERA PARTE

El joven marido

Baile de esqueletos

La mañana de la boda

La novia

«Promete que nunca la abandonará»

«A primera vista»

«Comatosa»

«Pecado»

Acoso

Despierta

Recién casados

Esposas

SEGUNDA PARTE

Testimonio

«Cuánto quiero a mi pequeña Miirmi, la quiero con locura»

Testimonio

Reconocimiento del terreno

TERCERA PARTE

Testimonio

El suicidio

Testimonio

«La escena del crimen»

Reconocimiento del terreno, Vigilancia, Ataque, Misión cumplida
«La Solución Final»

CUARTA PARTE

Testimonio

La convaleciente

Shaheen

SOBRE ESTE LIBRO

El inconsciente puede traicionarnos, pero también salvarnos. Abby, la protagonista de *Persecución*, experimenta una regresión traumática luego de casarse y sufre un violento accidente que la deja en coma. Con este episodio inicial Joyce Carol Oates se adentra en los salvajes vericuetos de la mente de su protagonista y desanuda la trama de un pasado cargado de obsesión, abuso y muerte, para revelar la naturaleza engañosa de las apariencias. Con gran maestría Oates demuele las convenciones que sujetan los vínculos familiares y exhibe sin ambages las atrocidades cotidianas que se perpetran en nombre del amor.

Novela de suspenso, thriller psicológico, historia de una pasión desenfrenada, *Persecución* es ante todo la obra de una autora inigualable.

SOBRE LA AUTORA

Joyce Carol Oates nació en Lockport, Estados Unidos, en 1938. Estudió letras en la Universidad de Syracuse y en la Universidad de Wisconsin-Madison. Entre 1978 y 2014 dio clases de escritura creativa en la Universidad de Princeton. Ha publicado más de cincuenta novelas, además de conjuntos de cuentos, colecciones de poesía, ensayos y obras de teatro. Recibió el National Book Award por su novela *Them*, así como otras distinciones y premios, entre ellos la National Humanities Medal, el Prix Femina y el Norman Mailer Prize. Oates es reconocida como una de las autoras más prolíficas e impactantes de la literatura estadounidense contemporánea, y sus obras han sido traducidas a numerosas lenguas. Actualmente vive en Princeton, Nueva Jersey.

OTROS TÍTULOS DE FIORDO

FICCIÓN

El diván victoriano, Marghanita Laski

Hermano ciervo, Juan Pablo Roncone

Una confesión póstuma, Marcellus Emants

Desperdicios, Eugene Marten

La pelusa, Martín Arocena

El incendiario, Egon Hostovský

La portadora del cielo, Riikka Pelo

Hombres del ocaso, Anthony Powell

Unas pocas palabras, un pequeño refugio, Kenneth Bernard

Stoner, John Williams

Leñador, Mike Wilson

Pantalones azules, Sara Gallardo

Contemplar el océano, Dominique Ané

Ártico, Mike Wilson

El lugar donde mueren los pájaros, Tomás Downey

El reloj de sol, Shirley Jackson

Once tipos de soledad, Richard Yates

El río en la noche, Joan Didion

Tan cerca en todo momento siempre, Joyce Carol Oates

Enero, Sara Gallardo

Mentirosos enamorados, Richard Yates

Fludd, Hilary Mantel

La sequía, J. G. Ballard

Ciencias ocultas, Mike Wilson

No se turbe vuestro corazón, Eduardo Belgrano Rawson

Sin paz, Richard Yates

Solo la noche, John Williams

El libro de los días, Michael Cunningham

La rosa en el viento, Sara Gallardo

Primera luz, Charles Baxter

NO FICCIÓN

Visión y diferencia. Feminismo,

feminidad e historias del arte, Griselda Pollock

Diario nocturno. Cuadernos 1946-1956, Ennio Flaiano

Páginas críticas. Formas de leer y

de narrar de Proust a Mad Men, Martín Schifino

Destruir la pintura, Louis Marin

Eros el dulce-amargo, Anne Carson

Los ríos perdidos de Londres y El sublime topográfico, Iain Sinclair

La risa caníbal. Humor, pensamiento cínico y poder, Andrés Barba

*La noche. Una exploración de la vida nocturna, el lenguaje de la noche, el
sueño y los sueños, Al Alvarez*

Los hombres me explican cosas, Rebecca Solnit

Una guía sobre el arte de perderse, Rebecca Solnit

Nuestro universo. Una guía de astronomía, Jo Dunkley

ELOGIO DE PERSECUCIÓN

«Pocos escritores alumbran mejor los rincones más perturbadores de la mente».

Seattle Times

«Una gran maestra de la cartografía de los paisajes interiores».

Oprah Magazine

«Joyce Carol Oates es una de nuestras escritora más audaces y talentosas».

Erica Jong

«Oates es una de las grandes fuerzas artísticas de nuestro tiempo».

The Nation

«Oates refuerza su lugar como gran maestra de lo macabro».

Publishers Weekly

«Oates en modo gótico doméstico (...). Una atrapante historia de horror doméstico que se adentra en las pesadillas infantiles de una joven en su búsqueda de lo real».

Kirkus

«Un ritmo preciso y la caracterización hábilmente malévola y aun así llena de matices enriquecen esta indagación vertiginosa de la naturaleza tanto destructiva como restauradora del amor obsesivo».

Booklist

«Oates es una de las cinco grandes novelistas norteamericanas de los últimos cien años».

Edmund White

COPYRIGHT

Título original en inglés: *Pursuit*

© 2019 por The Ontario Review, Inc.

Published by arrangement with The Mysterious Press, an imprint of Grove Atlantic, Inc., New York, NY, USA/Publicado por acuerdo con The Mysterious Press, un sello de Grove Atlantic, Inc.

© de la traducción, Patricia Antón, 2020

© de esta edición, Fiordo, 2020

Tacuarí 628 (C1071AAN), Ciudad de Buenos Aires, Argentina

correo@fiordoeditorial.com.ar

www.fiordoeditorial.com.ar

Dirección editorial: Julia Ariza y Salvador Cristofaro

Diseño de cubierta: Pablo Font

ISBN 978-987-4178-40-4 (libro impreso)

ISBN 978-987-4178-46-6 (libro electrónico)

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

Oates, Joyce Carol

Persecución / Joyce Carol Oates. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Fiordo, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Patricia Antón.

ISBN 978-987-4178-46-6

1. Narrativa Estadounidense. 2. Novelas. 3. Literatura Estadounidense. I.

Antón, Patricia, trad. II. Título.

CDD 813

Para Arthur Vanderbilt

PRIMERA PARTE

EL JOVEN MARIDO

¿Qué ibas pensando cuando pasó? Tienes que acordarte.

Creo que lo sabes. Creo que debes contármelo. Por ti y por mí, tienes que recordarlo y decirlo con franqueza.

Aquel instante. Justo antes de que ocurriera.

Tenemos que volver a aquel instante.

Cuando bajaste del autobús. Cuando te quedaste de pie en el cordón de la vereda.

Cuando bajaste del cordón.

Si lo hiciste sin querer o... a propósito.

Tenemos que perseguir eso. Tenemos que saber.

Te perforaste un pulmón. Te rompiste la clavícula y cinco costillas.

Tienes media docena de pequeñas fisuras en el cráneo. Tu cerebro ha resultado contusionado, lacerado. Corres el riesgo de que se te formen coágulos de sangre en el corazón.

*Según el conductor del autobús, parecías estar
«decidiendo algo».*

*Tenemos que volver a ese instante. Necesitamos saber
por qué.*

*Por qué hiciste lo que hiciste, qué te decías a ti misma
en el instante en que ocurrió. Cuando te bajaste del cordón.
A la mañana siguiente de nuestra boda.*

BAILE DE ESQUELETOS

Es-que-le-to. Hundiendo el rostro en la almohada, susurra esa (aterradora) palabra en voz alta (apenas).

No está muy segura de qué significa «esqueleto» exactamente. Aunque (quizá) sí sabe qué significa.

Es-que-le-to. Esque-leto. Esqueleto.

Una terrible palabra (de adultos) que no debe decirse en voz alta. Una palabra que una niña no debería conocer, y que desde luego no pronunciaría. Una palabra que, cuanto más la pronuncias, más terrible se vuelve. Una palabra que resulta fascinante, como un vapor venenoso que se eleva hacia tus fosas nasales, y que sabes que no deberías inhalar. Aunque no puedes resistirte a hacerlo.

Es un sueño recurrente que tiene a medida que se vuelve mayor. Después de la desaparición de sus padres. Después de haber vivido con parientes.

Esqueletos. En un lugar cubierto de hierba.

Cuántas veces tiene ese sueño. Prácticamente todas las noches. En los lugares a los que la lleva la gente, con sus cosas en lo que llaman un petate.

Tiembla tanto que le castañetean los dientes.

Sí, en ese lugar nuevo a veces tiene tanto miedo que moja la cama. Esas palabras pronunciadas en murmullos, «moja la cama», la avergonzarán y atormentarán toda su vida.

No consigue comprender quién, o qué, la obliga a correr por aquel sendero lleno de maleza; la obliga a trastabillar entre la hierba crecida que le lacera las manos, el rostro. Que la obliga a *ver*.

¿Creías que podías olvidarnos? ¿Creías que nosotros íbamos a olvidarte?

Pasó hace mucho tiempo. Si existiera una carretera que llevara de esta época hasta aquella, habría una interrupción, un trecho desmoronado, de modo que tendrías que bajar a ese socavón para poder cruzar al otro lado. Así de lejos quedaba.

El sueño de los esqueletos moraba en ese tiempo remoto.

Cuántas veces había tenido ese sueño. Le recorría en oleadas el cuerpo menudo como una corriente eléctrica, que la despertaba al instante.

Temblando de frío, sin aliento suficiente para gritar.

Eras capaz de distinguirlas... Las calaveras.

Cráneos (humanos), no de animales.

Entre la hierba crecida, junto al riachuelo.

No las veías de cerca. No.

Pero... sí llegabas a verlas. Cerrabas los ojos demasiado tarde.

Veías que una calavera era mayor que la otra: esa era la de papá. Y la calavera algo más pequeña era la de mamá.

Entre la hierba crecida, los huesos estaban desparramados de modo que (casi) parecía que estuvieran bailando. Yacían donde habían caído tanto tiempo atrás.

LA MAÑANA DE LA BODA

¿Creías que podrías olvidarnos? ¿Creías que nosotros íbamos a olvidarte?

La mañana de su boda, muy temprano, antes de que amanezca, despierta sobresaltada. El sueño de los esqueletos, que tenía motivos para creer superado, vívido ante sus ojos.

Está empapada en sudor bajo el camisón de algodón blanco. Será la última vez que use ese camisón (raído, su favorito) con su ribete de puntilla, ya que es la última vez que duerme sola.

Sí, es (todavía) virgen. Por lo menos eso sí lo tiene.

Exhausta y aturdida, yace boca arriba en un sitio que se siente revuelto y lleno de surcos como la tierra, pero que es su cama. Nota la piel irritada como si la hubieran azotado con afiladas hebras de hierba. En el sueño ha estado corriendo, desesperada y jadeante, aunque la lógica del propio sueño le dice que correr es inútil.

¿Creías que podías huir de nosotros?

Al principio no sabe dónde está ni qué hora es, porque en ese sueño terrible es muy joven y está en un lugar

distinto a este lugar, en ese tiempo remoto.

Esta identidad que con tanto cuidado se ha construido, la de adulta entre los adultos del mundo, es un ser que en el sueño no existe todavía. En el sueño solo aparece su yo niña, su yo más auténtico y desprotegido, tan desprotegido como un cervatillo recién nacido que ni siquiera desprende aún un olor.

Desprotegida como una cría a la que su madre ha abandonado.

Desprotegida como una cría a la que, por pura lástima, han llevado a casa de una tía tras haberla abandonado sus padres.

Al quedarse dormida, había captado que el sueño, el de los esqueletos, era inminente. Pues siempre hay primero una premonición, una sensación de parálisis en los miembros y de aturdimiento en lo hondo de su ser, la sensación de que se avecina algo terrible que no debes mirar, aunque en el sueño te ves obligada a mirarlo porque no tienes alternativa.

Pero ¿por qué en la víspera de su boda? A qué viene ese viejo sueño de la infancia, tan terrible...

Se encuentra en aquel lugar cubierto de hierba junto al riachuelo. La basura que las tormentas arrastran corriente abajo desborda sus riberas. Escombros y desechos, ramas de árboles rotas, cuerpos momificados de pequeños animales. Los restos de una mochila podrida. Y entre esos objetos, desparramados en la hierba, los esqueletos.

¿Podría uno saber que esos huesos son humanos? No, no podría.

Ella no lo sabe. ¡No!

Excepto por las calaveras. Casi ocultas por la hierba, no muy lejos una de la otra, esperándola.

La calavera más grande, con sus cuencas oculares y su nariz enormes, los dientes rotos en una mandíbula desencajada, porque había estado gritando.

La calavera menor tiene las cuencas y la nariz más pequeñas. Esa es la calavera silenciosa, la calavera atenta y cautelosa.

Es significativo, a menos que se trate de pura casualidad, que ambas calaveras hayan acabado boca arriba.

Quien sea que aparece en el sueño no es quien ella es ahora. Ya no.

Ahora es mucho mayor. Tiene veinte años.

¡Está a salvo! Es una adulta.

Si no fuera porque al observar el lecho del riachuelo, el agua que centellea, y al escuchar con atención, puede oírlas: unas voces, apenas audibles. *¡Miiir! ¡Miirmi!*

Hay grandes rocas desparramadas, peñascos. Unas, blanqueadas por el sol, se han vuelto de color hueso. Otras son de un gris anodino, plumizo. Algunas están cubiertas de curiosas excrecencias retorcidas, como tumores. Unos cuantos huesos se han abierto paso hasta el lecho del río, donde la corriente los ha arrastrado un poco más allá hasta dejarlos varados en las rocas, como si hubieran tratado de escapar y no lo hubieran conseguido.

Cuánto tiempo atrás debía de haber muerto la carne, para tornarse rancia, licuarse y desprenderse de los

huesos...

*Clavícula. Húmero. Fémur. Tibia. Carpos. Costillas.
Esternón...*

¿Cómo es que sabe los nombres de esos huesos? Nunca ha estudiado biología. No se le dan bien las ciencias.

Su prometido sí sabría los nombres de los huesos. Hizo el curso introductorio para estudiar Medicina en la universidad estatal. Aunque acabó por desanimarlo la feroz competitividad del programa, que lo dejaba a la zaga de un tercio de la clase, y sin ganas de hacer trampa, aun siendo capaz de hacerlo con la pericia y el descaro de otros alumnos. *A lo mejor no tengo tantísimas ganas de convertirme en médico. ¿Te importa, Abby? ¿No ser la mujer de un doctor?*

Ella se había reído y le había dado un beso. Agradecía tanto que su prometido la quisiera sin saber lo que llevaba enconado en el corazón que le habría perdonado cualquier cosa.

LA NOVIA

Una mañana radiante y cegadora de abril, de un año perdido. ¿Lleva casada *un solo día*?

Para ser exactos, a esta hora de la mañana (las 8:11) lleva casada apenas veintiuna horas.

Eso la deja sin aliento de puro asombro, de pura impresión.

Oh, ¿esto me ha pasado a mí? Estoy casada.

Siente la necesidad de estar sola en el autobús de Raritan Avenue que la llevará hacia el centro de Hammond, y confía en encontrar un asiento al fondo. Quiere contemplar a solas la maravilla que supone ser *una mujer casada*.

Porque resulta que, a sus veinte años, tiene un rostro dulce, cándido y pecoso que provoca en los extraños el deseo de hablarle. De sonreírle. ¡*Hola! Caramba, pero qué frío hace esta mañana, ¿verdad?* Y ella es demasiado educada para dar vuelta la cara, demasiado tímida para no responder; y eso supondría echar por tierra su deseo de soledad en el autobús.